

Instrucciones para hacer Latifundios

Sobre Benetton, la Patagonia argentina y la resistencia Mapuche

*Por Sebastian Hacher
sebastian@riseup.net*

Bariloche es una ciudad de postal. En las calles céntricas está prohibido romper el estilo arquitectónico, y la vista del lago, con las montañas nevadas de fondo es un espectáculo que atrae a viajeros del mundo entero. En el Centro Cívico, donde esos turistas hacen cola para sacarse fotos, hay un monumento a un genocida, nombrado prócer de la patria por sus masacres contra el pueblo Mapuche. En el monumento, por más que cada tanto los empleados de la municipalidad lo limpien, es constantemente pintado con un kulltrun, uno de los más característicos símbolos Mapuche, y una consigna que dice mucho: todavía estamos.

Esa quizás sea una muestra de los tiempos que corren en el sur de nuestro país; la historia de mármol frío y calculado de nuestras oligarquías y la mano rebelde que se niega a desaparecer, que se cuelga en medio de las postales para decir algo tan simple como que todavía estamos vivos.

Es desnudar que la guerra no ha terminado, que la "conquista del desierto" continúa hoy bajo otro ropaje, pero con el mismo contenido.

La que sigue es una historia donde el pasado y el presente se confunden, se mezclan y repiten como las estaciones del año. Porque el pasado es la materia prima del presente, y es también lo que enseñaron los abuelos en un idioma secreto, nunca aprendido por el hombre blanco. Es un recuerdo de lo que es y de lo que queremos que sea.

En el fondo, el problema sigue siendo el mismo; corporaciones extranjeras y nacionales se quieren repartir la Patagonia para la explotación ganadera, turística y ahora también minera, con la complicidad del estado argentino. Y para hacerlo deben no solamente destruir el medio ambiente, sino también a sus hijos, los Mapuche, la gente de la tierra.

Este trabajo intenta ser un pedazo pequeño de esa historia grande y dolorosa, escrita al calor del drama actual que viven decenas de familias Mapuche del sur del país que han sido o están a punto de ser desalojadas.

Es también un intento de sistematizar información sobre la actividad de algunas corporaciones, principalmente Benetton, dueña de un territorio que equivale 40 veces al que ocupa la Capital Federal.

No tratamos aquí el tema de las empresas petroleras, de otros terratenientes o, en extenso, el problema de las empresas mineras. La dimensión del conflicto, de la lucha de intereses contrapuestos que tiene lugar en la estepa y en la cordillera patagónica, es tan basta y compleja como el territorio que ocupa.

Partimos de algunas consideraciones generales para detenernos en la zona de Cushamen, en el sur de Chubut, y allí en dos casos concretos: el de la comunidad Vuelta del Rio contra terratenientes locales, y más concretamente el caso de la familia Fermín. En la segunda parte ahondaremos en la historia de la familia Mapuche que sin quererlo desnuda la naturaleza y los verdaderos intereses de la corporación Benetton en el sur de nuestro país y, por último, en un artículo escrito posteriormente, en una nueva amenaza de desalojo de parte de Benetton y el estado provincial contra 8 familias Mapuche.

Parte I

Instrucciones para hacer latifundios



En 1872 comenzó una nueva defensa de la tierra empecinada en ser una y sin fronteras desde el Atlántico al Pacífico. Al mando de Cal Tucura 6000 hombres vestidos con cuero de guanaco y armados con lanzas avanzaron hasta Alvear, 25 de Mayo y 9 de Julio, en lo que ahora llaman Buenos Aires. Desde allí y hasta los hielos del sur llegaban entonces las tierras que habitaban los Mapuche, un paraíso natural que los blancos llamaban todavía desierto.

Fueron años de lucha y sangre. En Enero de 1876, al mando de Nanumcurá y Rumay los kona pelearon en Olavarría, Azul y Tapalqué. En Tres Arroyos y Necochea combatieron cuerpo a cuerpo en la niebla, y rodearon a las tropas de Levalle y Maldonado. Fue todo un año de guerra para evitar que los invasores siguieran corriendo su frontera. De a caballo y con sus tolderías se hicieron fuertes en el sur del Rio Colorado y el enemigo, al mando de Alsina, comenzó a construir una zanja faraónica desde Bahía Blanca hasta el sur en la cordillera, una línea de tierra y fortines que separaba su latifundio de la tierra libre.

Y entonces llegó Julio Argentino Roca, el genocida Ministro de Guerra. Regminton y telegrafo se llamaron sus banderas tomadas de la mano de la corona Inglesa.

Cinco columnas tuvo la mal llamada "campaña al desierto". En la primera, dirigida por Roca, debía alcanzar la isla de Choele-Choel en el río Negro; la segunda división, al mando de Nicolás Levalle, debía marchar de Carhué a Chadi Levu y el río Colorado. La tercera división, dirigida por Eduardo Racedo, desde el sur de Córdoba debía recorrer el área de los ranqueles. La cuarta división, bajo el coronel Napoleón Uriburu debía partir de San Rafael, Mendoza, y recorrer toda la zona cordillerana hasta Chos Malal en Neuquén. La quinta división, comandada por Hilario Lagos debía esperar órdenes en Trenque Lauquen, y le encomendaron dirigirse a Tobay.

Los resultados de la masacre todavía hoy son glorificados por la historiografía y la iconografía oficial, desde los manuales de escuela hasta, en su versión aggiornada, en los billetes de 100 pesos.

En su informe sobre los resultados, el Ministro de guerra Julio A. Roca decía que en 1879 "Se trataba de conquistar un área de 15.000 leguas cuadradas ocupadas cuando menos por unas 15.000 almas, pues pasa de 14.000 el número de muertos y prisioneros que ha reportado la campaña. Se trataba de conquistarlas en el sentido más lato de la expresión. No era cuestión de recorrerlas y de dominar con gran aparato, pero transitoriamente, como lo había hecho la expedición del Gral. Pacheco al Neuquén, el espacio que pisaban los cascos de los caballos del ejército y el círculo donde alcanzaban las balas de sus fusiles. Era necesario conquistar real y eficazmente esas 15.000 leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto, tan incuestionable, que la más asustadiza de las asustadizas cosas del mundo, el capital destinado a vivificar las empresas de ganadería y agricultura, tuviera él mismo que tributar homenaje a la evidencia, que no experimentase recelo en lanzarse sobre las huellas del ejército expedicionario y sellar la toma de posesión por el hombre civilizado de tan dilatadas comarcas." (Buenos Aires, 1881).

Militares, comerciantes, ganaderos y hombres de la corona británica plantaron alambrados y vacas en donde antes había viento y libertad.

Siete hilos de alambre, fusil, casaca militar y olor a bosta fueron los símbolos de la gesta oligárquica. Encerraron los valles y los ríos, las pampas y los cerros. La tierra ensangrentada fue descuartizada por los títulos de propiedad repartidos como margaritas, y los ingleses se llevaron la mejor parte.

Solamente en 1885 el estado argentino repartió 4.750.471 hectáreas entre 541 personas. Si se amplía el cálculo, desde el inicio de la ofensiva en 1875 hasta la consolidación en 1903, las tierras regaladas o vendidas a bajo precio ascienden a 41.787.023 hectáreas a 1843 personas, muchos de ellos extranjeros.

Que los estancieros le hayan pagado un tributo a Roca con monumentos y nombres de avenidas en las ciudades que se fundaron a la vera de sus latifundios, es un dato entendible si lo miramos a la luz de su obra.

-Llegan los perseguidos a abrazar la tierra nuevamente

Terminada oficialmente la "Campaña al Desierto" en 1885, hasta las fronteras del país alambrado llegaron los sobrevivientes.

Viajaron en carros tirados por bueyes, con unos pocos caballos y las pilchas auestas. Llegaron desde la tierra al sur del Bio Bio, en lo que ahora llaman Chile, perseguidos y diezmados. Vinieron con sus esperanzas y dolores desde San Martín de los Andes, desde Neuquén y desde las antiguas fronteras que llegaban hasta el sur de Buenos Aires, donde se había combatido palmo a palmo el terreno con las tropas invasoras.

En el camino carneaban animales, levantaban la toldería para descansar y seguían. Avanzaban al ritmo de la represión, de los estampidos de los fusiles que rompían el silencio de la noche para robarse vidas.

Muchos viajaron de a pié, durmieron en cuevas o improvisaron chozas con juncos revocados con barro. Se movían de a grupos y con sigilo, porque cuando el enemigo los cazaba, los llevaban caminando y atados hasta las estancias de Buenos Aires, y los que no morían en el camino de hambre, cansancio o rebeldía, eran utilizados como esclavos en las estancias que se habían conquistado a punta de fusil. La que antes era tierra de libertad, se había convertido en mazmorra a la luz del sol.

Cuenta la leyenda que algunos huyeron del cautiverio desnudos y hambrientos y que un gigantesco animal se apareció en su camino, y la intervención de un tigre los salvó de la muerte. Como un regalo de la tierra, la fiera se convirtió en protector; afiló sus garras contra un árbol y cazó para alimentar a sus nuevos hijos. De allí viene el apellido Nahuelquir; hijo del tigre.

Precisamente Miguel Nancuche Nahuelquir se llamaba el longko que peregrinó hace más de un siglo desde las tierras de los sobrevivientes hasta Buenos Aires. Viajó con la esperanza a cuestas de un puñado de familias, para obtener un respiro en la persecución. Su gente se había asentado entre la cordillera y el río Chubut, allí donde mucho antes habían vivido los que eran conocidos como Los Manzaneros, del pueblo Chehuelche.

Recién en 1889, una vez repartidas las mejores tierras entre los estancieros, el entonces presidente Roca reconoció la ocupación territorial de la tribu de Nahuelquir. Con un decreto creó la reserva indígena conocida como Colonia Pastoril Cushamen, de 260.000 hectáreas, limitada y rodeada por estancias inglesas en la zona que todavía hoy ocupan gran parte de la provincia de Chubut.

El mismo Nahuelquir se instaló con otras familias en el paraje que hoy se conoce como Vuelta del Rio, y allí intentaron hacer, por fin, una vida ligada a la tierra sin sufrir más persecuciones.

El primer registro público de una inspección en esa zona data de 1905, y nos habla de casas de barro con techo de cuero o paja y plantaciones de trigo y hortalizas. La tierra estaba, como ahora, dividida en lotes, pero los límites eran siempre difusos y quién estaba un año en un lote podía estar en otro al siguiente, buscando mejores pastos para las ovejas, vacas y yeguaizos que se crían en la región. Las familias que iban llegando eran acomodadas por la comunidad en diferentes zonas, y los campos eran utilizados -como se sigue haciendo en la actualidad- en forma compartida.

Hasta allí llegaron los protagonistas de esta historia, familias Mapuche que todavía en la actualidad están en peligro de ser desalojados.

-Vinieron los comerciantes, como cualquier otro paisano.

Pero la masacre también había abierto las puertas de la Patagonía a los aventureros, comerciantes y especuladores que vieron en la región una oportunidad para "hacer la América". Entre los que llegaron, estaban la familia de Breide y de El Khasen, dos turcos cuyos nombres y andanzas se repiten todavía hoy en toda la región.

Doña Segunda Huilinao, pobladora de Vuelta del Rio desde su nacimiento, nos cuenta la historia sin dejar de amasar. No sabe ni leer ni escribir, pero cuando nos dice "Yo lo se porque mi abuela me lo contaban así" su testimonio se vuelve uno de los mas precisos para entender lo que pasó y lo que está pasando. En la memoria colectiva es donde se escriben las verdades de su pueblo.

"Cuando vinieron los Breire llegaron como cualquier persona, con un burrito de tiro, con pilchero, trayendo los alimentos en un baúl, y salieron de mercachifles, vendiendo por kilito y como no había negocios la gente les compraba. Hacían cambalache, así se le dice al cambio por animales. Y así empezó a trabajar el finado y puso un negocio, en una casa que no era de él. Era la casa de Fernando Nahuelquir y así quedó hasta ahora. Después se puso una estancia, una grande. Así también llegó El Khasen. Toda esa cordillera allá es de El Khasen, de cuando embargó y puso a la gendarmería y vinieron con el juez, embargaron animales, tierra y así lo ponían todo bajo alambre. Breide hizo lo mismo, primero alambró donde estaba la abuela de Doña Fidelina, estaba sola y vino Breide con los gendarmes a quemarle la casita, la huerta, todo lo que tenían, y le tiraron todo donde está salita ahora. Todas esas cosas que fueron surgiendo, nadie dijo nada, pensaron que ellos cometían un delito si iban a denunciarlo, y tampoco le iban a hacer caso, si los mismos jefes, la misma autoridad andaba haciendo ese trabajo. Así fue surgiendo, en los 30, los 40. De ese año pienso que fue."

"Los finados abuelos tenían los documentos de la tierra. Ellos iban a los negocios y entregaban sus frutos, cuero y lana. Los invitaban a comer, a tomar y ahí era la perdición. Ellos se confiaron y cuando estaban borrachos les pedían los documentos de la tierra y después cuando se acordaron de ir a retirarlo le dijeron que no lo tenían porque lo habían mandado a tal parte. Ese trabajo hacían todos. Así hacían con Breide, le entregaban todo y cuando iban a retirar plata nunca le daban plata; le daban harina, yerba, todo por bolsa. Como no sabían leer le decían "hasta aquí llegó con los kilos de lana". Que se yo cuando regalaban con eso, porque ellos no sabían sacar las cuentas ni sabían como valían las cosas. Aca la gente era ignorante y humilde. Tenía miedo de hablar con la autoridad, de presentar una queja. Ellos te decían firmá aca y ellos daban la mano y firmaba. Y eso que no sabían firmar, para mi ver que hacían una rayita y los comerciantes les robaban la firma. Y como van a firmar si no saben escribir el nombre. Así formaron Breide, El Khasen, todos los turcos. Hicieron estancia por nuestros abuelos, por los paisanos. Y cuando se murieron sus viejos fundieron todo. Y ahora parece que no fuera así pero es cierto, si van a ver el negocio de ellos está todo tirado, no queda nada. En lo de Breide es lo mismo, había galpón de esquila, potrero, para descargar lana y ahora no queda nada. Malgastaron todo."

-La historia escrita en la lengua de castilla

Don Mauricio Fermín nació en el lote 161 de la comunidad Vuelta del Rio un 21 de Noviembre de 1933. Cuando tenía 17 años tuvo que salir a trabajar, casi al mismo tiempo en que su madre, Lina Calfupan, era "llevada a trabajar" a la casa de la familia Breide. Desde entonces, su campo pasó a manos de la familia de los comerciantes turcos. Nunca pudo volver al pedazo de tierra donde nació.

Su actual compañera, Doña Carmen Jones, es nieta de Julio Marinao, el hombre que a finales de la década del 20 ocupó el lote 134 de la misma comunidad, y que es hoy el epicentro de un litigio que lleva en si los elementos del drama que recorre toda la patagonia.

Necesitamos detenernos un poco en la historia de Marinao para entender el drama que vive hoy la familia Jones- Fermín.

En 1928 Julio Marinao pide a la Dirección de Tierras la propiedad del lote que ocupaba, al tiempo en que hacía mejoras. En una inspección de 1940, Don Julio vuelve a pedir la propiedad de las tierras. Siempre lo hace de forma oral, y siempre es un funcionario el que escribe; como muchos de sus vecinos, él apenas sabía firmar.

En una de las corrientes inspecciones, aparece documentada por primera vez relación entre Mariano y Breide, mediante un mecanismo conocido en la zona como medianera". Según el acta

de 1937 este acuerdo comercial consistía en que Marinao cuidaba 500 lanas de Breide, y que se repartían las ganancias mitad y mitad. Es conocido en la zona -y aceptado por todo el mundo- que se tratan de acuerdos que siempre terminaban con estafas y abusos. Todavía es famosa la costumbre de Breide de pesar lo que compraba y vendía con el dedo meñique, calculando siempre a favor suyo.

Fue un 12 de abril de 1941 el día en que Julio Mariano cayó en la misma trampa que varios de sus vecinos. Lo imaginamos ahora borracho, alentado y sostenido por dos testigos, y firmando ante el juez de paz la "renuncia a favor del Señor Breide de cualquier derecho...sobre el lote 134". No es un dato menor la firma al pie de los testigos y el mismo juez: Caralis, Daniel y Gonzalez. Todos apellidos blancos, hombres "hábiles" frente a los cuales Don Mariano había firmado, sin saber leer, el acta de entrega de su propio hogar.

¿Que había pasado para que Marinao desista de hacerse dueño de su tierra a cambio de un dudoso pago? En una reciente investigación judicial, esta historia se reconstruye con viejas declaraciones, actas y escrituras. Claro que para una cultura oral, que no conoce la letra escrita de la lengua de castilla, esos papeles significan poco y nada, y terminan, en la práctica, ilustrando la costumbre de que la tierra se puede vender, arrendar y hasta hipotecar "con indios adentro", una práctica que todavía hoy es muy común en todo el continente.

Pero aun en el terreno foráneo de los papeles, aparecen varias confusiones y elementos que pueden llegar a desnudar la verdad.

El 20 de Febrero de 1958, casi 20 años después de la supuesta venta, aparece una declaración "espontánea" de Julio Marinao frente a la policía, donde ratifica la venta, desmiente los resultados de una inspección de la dirección de tierras que lo presentaba -repetimos, 20 años después de la supuesta venta- como ocupante del lote y, sobre todo señala la "carencia de veracidad de que dicha firma (Breide) lo obliga a retirar en mercaderías el producto de su trabajo...".

La extraña rectificación no esta avalada por testigos y lleva la firma de un oficial de policía de apellido Coll, el mismo que dos semanas después tomaría declaraciones similares a otros pobladores de la zona ratificando otras supuestas ventas de otros lotes.

En el terreno legal la suerte ya estaba echada. Con la historia cambiada, una resolución del 9 de Febrero de 1962 del IAC otorga en venta 4.375 hectáreas en venta a Abraham Breide, incluyendo el lote 134. En el texto, que lleva la firma del presidente del organismo, se señala como argumento de peso que Breide ocupa la tierra y la trabaja en forma personal desde 1928. La historia de los papeles, terminaba de hacer mutar a la realidad con la complicidad del estado argentino.

En 1963, durante el gobierno militar, se hicieron efectivos a favor de Breide los títulos de propiedad de 7 lotes de la comunidad Vuelta del Rio y de otros de la vecina comunidad de Ranquil Huao. En 1979, El Khasen compró esos títulos y sumando los otros que había logrado acumular por sus propios miedos sintió que, por primera vez, se había terminado de hacerse "la América". Tenía su pequeño latifundio personal.

-Entre la montaña y las nubes, el murmullo del tiempo

Y sin embargo el viento, los ríos, la montaña y la gente de la tierra no parecen haberse enterado. Nosotros lo entendemos recién cuando llegamos al lugar donde se puede abrazar a las nubes.

El lote 134 queda en los confines de Vuelta del Río, escondido entre los bordes de la cordillera. Allí es donde vive hoy la familia Jones-Fermín, con sus hijos, sus nietos y sus animales.

Visitarlos no es tarea del todo fácil para los que estamos acostumbrados a vivir en la planicie. Hay una sola forma de llegar, y se llama, para nosotros, Rogelio Fermín; él nos espera en la orilla del río Chubut con cuatro caballos que conocen el trayecto de memoria.

Cargamos las cosas como podemos y los caballos nos deslizan por cerros, cañadones, arroyos y desfiladeros. En algunos tramos frenan para inventar caminos que se borran con las caricias del viento o quedan sepultados bajo las piedras que sus mismos cascos remueven.

Finalmente, después de dos horas de cabalgata, llegamos al lote, epicentro de un conflicto judicial y político que movilizó a toda la región. Es un paraje imponente y agreste, perdido entre las montañas. Técnicamente, nos dice Rogelio, "estamos en medio de la cordillera, pero no en el lugar más aislado; los últimos vecinos viven a cuatro horas de caminata para arriba.

Ni siquiera a caballo se puede llegar ahí". Lo imaginamos como un camino hacia otro mundo, distinto incluso del mundo que estamos conociendo, pero por ahora, por falta de tiempo, no podemos llegar.

En la casa nos esperan Doña Carmen, Don Mauricio, Daniel -un buen amigo de la Rogelio- y Eduardo, el gigante de 4 años. El resto de la familia -un larguísimo árbol genealógico- está en la escuela o trabajando en los pueblos de la región, haciendo lo que hacen muchos; aliviando el puchero para que se pueda sobrevivir.

Rogelio, nuestro guía y amigo, con sus intensos 18 años, es según su madre "el que esta ayudando en todo lo que lo que necesitamos".

La vida allí es dura pero tranquila. Los jóvenes y Don Mauricio, que tiene 71 años, se encargan de cuidar los animales, de ir a buscarlos cada vez que se pierden en la cordillera, de esquilar las ovejas cuando es época, vacunarlos o darles sal a las vacas. Los chicos también cazan lo que el clima le permite; desde liebres, ardillas y zorros hasta pumas o guanacos cuando la nieve los obliga a bajar de las cumbres para buscar alimento.

La leña la obtienen de los árboles de la zona, muchos de los cuales fueron plantados por ellos o sus antepasados y la transportan en un carro de bueyes que ellos mismos fabricaron. Es un trabajo extra el que tiene esta familia; la leña que reparte el municipio no llega hasta esta zona en el que la temperatura es la más dura de todas. En Abril, cuando comienzan las nevadas que alcanzan a medio metro, todo tiene que estar listo para pasar el invierno.

Carmen se encarga de la cocina, la huerta y de los animales de corral. A la hora del mate o de comer, ella es la voz cantante, y sus historias -que por regla, siempre dejan alguna enseñanza- son las que mantienen vivas la cultura Mapuche en el seno familiar.

La existencia parece cerrarse en un círculo donde todo se integra y tiene utilidad. Eduardo, por ejemplo, mezcla todo el tiempo y sin que nadie le diga, el juego con el aprendizaje del trabajo. A la rastra de Rogelio va a arrear a los animales, y después se sigue divirtiendo arriando las gallinas o los gatos. Ayuda a cortar leña, carnea una liebre para darle de comer a los perros, sabe montar a caballo y juega a ensillar un travesaño de madera que hay en el galpón. Para nuestra sociedad consumista -que educa receptores de televisión- la vida de Eduardo sería quizás un crimen.

Él mismo parece opinar lo contrario; en la eterna semana que compartimos con su familia no lo dejamos de ver sonreír ni un instante.

Y en esa rostro niño que ya conoce el trabajo y el viento, vemos reflejados los rostros de los miles, de los millones que como él, nacieron y crecieron siendo gente de la tierra. Mirándolo a lo ojos, uno termina de entender lo que quieren decir Carmen y Rogelio cuando repiten que " aca nacimos, y aca vamos a morir".

-Dimos la vuelta entera, pero seguimos acá.

Cuando Doña Carmen nos relata su vida llena de peripecias, las imágenes el pasado parecen repetirse cada vez. Ella nació aquí, sin alambrados, zapatillas o pantalones. Los primeros techos eran de cuero, las botas de potro y la ropa la tejía su madre.

A veces, cuando calla, la tierra misma cuenta en silencio su historia; los tirantes de una casa abandonada y devorada por el fuego, una arboleda muerta; un revoltijo de piedras en un pampa, apenas adivinada entre la maleza, son testimonios inmóviles del paso de sus antepasados por el lugar.

Su primer desalojo lo vivió cuando tenía 11 años, y lo que más le quedó grabado eran los ovillos de lana de lana cruda rodando por el cerro como piedras caídas. Dice que aquella mujer a la que le gustaba hilar se había plantado, pero que ya era tarde y que los milicos y el turco le derrumbaron la casa con el hacha de la familia.

Recuerda todavía esa larga jornada cargando chivos y lo poco que pudieron salvar hasta un campo vecino. Y luego los campamentos de chapa, las casas improvisadas con piedra y barro y las cuevas, donde todavía están las marcas de humo de los fogones con los que iluminó sus noches.

Hasta hace muy poco vivió así, dando vueltas en la misma zona y recién en 1994 se pudieron volver a instalar definitivamente en donde ahora quieren quedarse, simplemente por "ser nacidos y criados aca, nosotros, nuestros padres y nuestros abuelos".

¿Desde cuando están allí? Para la historia de "los papeles" desde 1994, cuando la familia registró la marca que identifica su ganado en el Juzgado de Paz del Maitén. Oficialmente, las autoridades originarias y la comunidad entera ratificaron el derecho de Carmen Jones y Mauricio Fermín a ocupar el mismo lote en el que nacieron en 1998. El acta de la reunión es el único papel que la familia Fermín guarda como un tesoro.

En 1994, año en el que El Khasen perdió un juicio contra varias familias de la comunidad, parecía que la tranquilidad volvía a reinar en la zona, pero en el 2000, imprevistamente, el turco volvió a la carga con un juicio reivindicatorio en contra de los Fermín.

Los sufrimientos que Doña Carmen creía terminados, volvían a empezar.

-El derecho del conquistador, según los roquistas del presente.

El juez Colabelli es un hombre diminuto y pálido, pero refugiado atrás de su gran escritorio se siente firme y decidido. Recibe al visitante con un fuerte apretón de manos y habla moviendo los brazos para darle ímpetu a cada una de las palabras que -cree- aprendió a medir.

En público considera al caso Fermín como un conflicto más, entre dos individuos, uno de los cuales tendrá que pagar por su violación al código penal. Habla de clandestinidad, usurpación, del derecho a la propiedad y de la seguridad jurídica. En confianza se suelta, y confundido por la falsa sonrisa cómplice de su interlocutor, acepta que lo que él defiende es, nada menos, "el derecho de los conquistadores. "

Con un ademán de manos nos explica que "la historia es así, que los pueblos se conquistan uno a otros, y así avanzan la historia. Si les diera la razón a los Mapuche, sería como en España darle la razón a ETA".

Más en privado todavía, con sus hombres de confianza, el juez se relame con las ingeniosas pintadas que en la ciudad de Esquel lo comparan con Roca. Cuando las lee se siente en sus zapatos; un conquistador del presente.

Quizás por eso su juzgado se esforzó por hacer de la causa Fermín una causa histórica. Mandó a desempolvar miles de hojas de archivos, se quedó -y se queda- con sus empleados mas fieles trabajando hasta cualquier hora del día, y hasta se animó a salir en la tapa de los diarios haciendo declaraciones sobre la causa.

Poco importaron los argumentos de la defensa de los Fermín, que apeló a los derechos constitucionales de los pueblos originarios y planteó el problema como un caso colectivo y no individual, lo mismo que el INAI (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas) que desde 1997 viene señalando el caso de Vuelta del Rio como un ejemplo de la complicidad estatal del abuso contra las comunidades originarias.

Ni siquiera importó que el 9 de Mayo del 2002 el fiscal de Cámara Raúl Falco pidió el sobreseimiento argumentando, sencillamente:

- Que no está claro en la causa que la familia Fermín esté dentro del Lote 134.
- Que no tuvo que "violentar" nada para entrar al predio, y que su presencia se notó mucho tiempo después de estar establecidos, ya que la denuncia habla de una casa de adobe ya terminada.
- Que público el conflicto entre la comunidad y El Khasen y que la comunidad sostiene que las tierras le pertenecen mas allá de los títulos que tengan El Khasen.

En su idioma técnico, el fiscal concluyó en aquel momento que "No advierto en Fermín una conducta dolosa...las circunstancias lo presentan como un sujeto inserto en un ámbito con pautas de propiedad comunitaria en la cuál prima la convicción que las tierras en litigio les corresponden desde tiempo inmemorial...de esta forma es que se introduce en ellas recién cuando cuenta con un permiso de la comunidad...".

Contra toda evidencia, el juez, el pequeño juez, se siguió agarrando de notas y más notas para ordenar, poco antes de irse de vacaciones, el "lanzamiento" de Mauricio Fermín y su familia.

-Aquí nacimos y aquí nos quedamos.

El 15 de Marzo del 2003 amaneció brumoso. Cuando vieron llegar al operativo, la familia entera se metió adentro de la casa. Rogelio pidió que le muestren alguna orden de desalojo "se van y punto", contestó Branns, el oficial a cargo.

Doña Carmen intentó resistir, igual que su madre hace más de 40 años. Fue inútil; los policías eran 22, además del mismo El Khasen, y estaban decididos; hasta habían hecho un camino en el monte para venir a desalojar.

Entonces Doña Carmen se fue y nadie la pudo detener. Caminando, casi corriendo, recorrió toda la comunidad avisando a los vecinos para que vengan ayudar. Subió por arriba de los cerros que conoce de memoria para que no la puedan agarrar, y en su larga caminata se enteró que algunos vecinos, alertados, ya estaban viniendo.

Doña Fidelina y Doña Segunda fueron las primeras en llegar. Una a pie, y la otra a caballo, se enfrentaron ambas frente a frente con su propio pasado de desalojos, y quizás por ello fueron las que lucharon con más energía. Palmo a palmo corrieron con los animales para que no se los lleven a otros campos, y cuando los perros de la policía se los llevaban arriba del monte, eran sus propios cuerpos los que se ponían adelante para obligarlos a volver.

¡India de mierda! dicen que gritaban los policías. "Mas vale que soy una india -sonríe mientras recuerda doña Carmen- sino no estaría acá".

Cuando llegaron la casa ya estaba derrumbada y el revuelto de barro, ropa y vajilla cargado en móvil policial. "Parecía que había un muerto ahí adentro, con todo revuelto". Los vecinos empezaban a juntarse de a poquito, y Don Mauricio y Rogelio se zafaban de la custodia policial para tratar de ir a buscar sus caballos.

A todos sorprendía la resistencia de las tres mujeres, sin saber quizás que todas y cada una de vivieron desde pequeñas la misma suerte que se les venía a presentar ahora, tantos años después.

Y la noticia comenzó a correr en toda la región; desalojan a familia mapuche derrumbando su casa. El río, la radio, los amigos, el viento; hacia los cuatro puntos cardinales se supo y desde los cuatros costados del monte comenzaron a llegar. Desde Esquel, de Trelew, de Comodoro, de El Maitén.

De todas partes los humillados, los desposeídos, los desalojados, llegaron a ayudar con lo que se podía. Tanta gente llegó, recuerda Carmen "que no alcanzaba con seguir sacrificando chivos, así que una yegua tuvimos que carnear".

El desalojó se paró en dos días, y de a poco, al abrigo del fogón, el comienzo del invierno encontró a la familia Fermín devuelta bajo techo.

Se trató de un día histórico; por primera vez es mucho tiempo se paró un intento de desalojo, aun después de que la casa estaba demolida.

Ahora, meses después, mientras la nieve abre paso a la primavera, y todos y cada uno de ellos saben que en cualquier momento pueden volver. Mientras tanto viven, sueñan y recuerdan en el lote 134.

En una de las largas caminatas, es Rogelio el que sintetiza esta historia en pocas palabras. Nos cuenta que "aca alambraron todo lo que quisieron. Si era un lindo valle, le pusieron alambre por eso, si era una pampa hermosa, la cerraron por eso, y a nosotros nos dejaron entre las piedras, en los peores campos. Ahora parece que las piedras también tienen valor".

La gran presencia de cuarzo -lo que significa que también hay oro- en los campos de Vuelta del Río, pueden ser una pista, y quizás una de las razones para que El Khasen, junto a funcionarios del IAC haya viajado a Buenos Aires para pedir 2 millones de pesos a cambio de no seguir molestando con las tierras.

Nuestro pequeño juez -dueño también de uno de los 150 proyectos mineros que amenazan Esquel- sabe eso. Lo que no sabe, todavía, es que "nosotros ya no somos como los antiguos, sabemos que existen derechos y que no se respetan, y vamos a hacer que no se la lleven tan de arriba como antes".

Parte II

Benetton: Historias del nuevo rey de La Patagonía



¿Puede el sueño de una familia humilde de la Patagonia cuestionar el imperio de la corporación Benetton? El matrimonio formado por Rosa Nahuelquir y Atilio Curiñanco aprendió que sí.

Sin proponérselo, esta familia Mapuche de la provincia de Chubut desató un terremoto que vuelve a poner sobre la mesa la entrega a los capitales extranjeros de una de la zonas mas ricas del país, no ya en las fábulas de generales trasnochados, sino en la realidad tangible y concreta de miles de kilómetros entregados de territorio entregados por unas pocas monedas al mejor postor.

Se trata La Patagonia, una zona que abarca el 30% del territorio argentino, unos 780.000 km² donde se concentra el 80% de las reservas petroleras del país, grandes recursos hídricos y una enorme diversidad de flora y fauna que en algunas zonas continúan todavía vírgenes.

Recientemente, también se descubrió la veta del oro y la plata; una nueva riqueza codiciada por el capital internacional.

El grupo Benetton, a través de la The Argentine Southern Land Company Limited o Compañía Tierras del Sud Argentino (simplemente "La Compañía" en adelante) es dueña del 9% de las mejores tierras de esa región. Tiene en su poder 900.000 hectáreas entre las provincias de Neuquén, Río Negro, Santa Cruz y Chubut; un territorio similar en extensión a la provincia del Chaco; cuarenta veces más que la Capital Federal.

Compraron, en resumidas cuentas, de una provincia particular. A uno de sus dueños, Carlo Benetton, le produce una "una hermosa sensación de libertad" cada vez que viene al país para supervisar personalmente el estado de sus campos y de algunas de las 290.000 ovejas que pastan allí.

El grupo opera en 120 países con decenas de fábricas y 7000 tiendas. Las estancias que compraron en Argentina producen apenas el 10% de la lana que utilizan las 100 millones de prendas que la corporación produce al año.

Sumando la totalidad de los negocios -desde la industria textil hasta la construcción de autopistas- la empresa mueve 2.000 millones de euros al año, una suma que parece alcanzar para comprar cualquier sensación.

Durante años también compraron, tanto Benetton como los anteriores dueños de esa tierra, una sensación de impunidad sin precedentes.

Aquí intentamos dar cuenta de como un sueño de dignidad abrió una brecha inocultable en el presente y el pasado de esa enorme provincia de alambre.

Volver a la tierra

Rosa y Atilio son parte de una familia Mapuche urbanizada a la fuerza. Rosa abandonó el campo familiar a los 8 años, luego de la muerte de su padre, para trabajar en un hotel de pueblo y luego como obrera textil. Todavía recuerda como salieron de allí, en un carro de bueyes, y sueña con volver a esa misma tierra, porque ahora sabe que la forma en que la vendieron fue ilegal. Atilio nació y se crió en la estación de tren llamada Leleque, adentro de La Compañía. Su padre fue obligado a ir a trabajar y vivir allí luego de que los comerciantes turcos, como a tantos otros pobladores, les arrebataran las tierras.

Rosa entró a trabajar en 1986 en una de las fábricas textiles más grandes de la ciudad de Esquel. Poco antes Atilio fue contratado en un frigorífico donde trabajó durante 15 años en mantenimiento. Con el esfuerzo de ambos criaron a sus cuatro hijos y siguen ayudando a sus nietos.

Hasta aquí su vida era la misma vida humilde y tranquila de miles de obreros del sur del país. Pero el 27 de Febrero del 2002 algo cambió en la suerte familiar: como tantas otras empresas, la textil donde trabajaba Rosa cerró de un día para otro y dejó a todo el mundo en la calle. Todavía tenían el trabajo de Atilio en el frigorífico, pero los 150 pesos que ganaba por quincena no alcanzaban para alimentar a toda la familia.

Previendo esa situación, impulsados por sus propios sueños y animados por sus hijos, Atilio y Rosa habían decidido volver al campo, para trabajar con sus manos la tierra. Averiguaron en el IAC (Instituto Autárquico de Colonización) por un predio fiscal llamado Santa Rosa. El 15 de Febrero, doce días antes de Rosa quede desocupada, presentaron una nota diciendo que "las informaciones obtenidas dan fe de que se trata de un predio fiscal" y que "nuestro interés es solicitarlo para un microemprendimiento familiar".

Atilio conocía ese lugar desde chico y por eso sabía que estaba abandonado desde antes de su nacimiento; allí solía cazar liebres con sus hermanos y vecinos, o juntar leña para aplacar al invierno.

El IAC respondió con la información -siempre verbal- de que el predio era una reserva indígena desocupada durante décadas. Con esa información, el 23 de Agosto de ese año se presentaron en la Comisaría Primera de Esquel para hacer una exposición avisando que ocuparían el lote, y esa misma tarde montaron, junto con su nieto de 6 años Franco, un "campamento" de chapas para ponerse a trabajar.

Con sus ahorros y con lo que le prestaron varios familiares y amigos, comenzaron a arar, sembrar hortalizas y frutillas, criar animales y mejorar el terreno. Levantaron el alambrado caído, trazaron los canales de riego y hasta comenzaron a juntar material para hacer una casa de piedra. El sueño de volver a la tierra estaba en marcha.

La celeridad del sistema judicial.

La tormenta no tardó en desatarse. El 28 de Agosto la Compañía firma un poder a favor del abogado Martín Iturburu Moneff, nombrándolo apoderado legal de la firma. Dos días después, el 30 de agosto, la estancia de Benetton hace una denuncia reclamando que el predio conocido como Santa Rosa es propiedad de compañía, y que "Que no es utilizado para ganadería y que intención de la administración forestar el lugar".

Firma la denuncia Ronald Mac Donald, el actual administrador de la estancia y sintomáticamente hijo y nieto de los "pioneros" que trabajaron para las familias Braun Menendez y Menendez Bethery, los celebres fusiladores de la patagonia trágica.

Un día después de la denuncia, el 31 de Agosto, el juez de Instrucción único de Esquel, el Dr. Colabelli firma la orden de registro "para constatar el delito". Ese mismo día, bajo la lluvia, van a hacer el allanamiento.

A partir de allí comienza un impás de dos semanas, que Atilio y Rosa ocupan en sembrar papas y seguir trabajando en el campo, y que la estancia en amontonar documentación. El 16 de Setiembre el Dr. Moneff pide el desalojo por el "gravísimo perjuicio" que le causa la "usurpación" de ese pequeño campo.

Como pruebas adjunta mapas, documentos del siglo pasado y fotos satelitales, todos materiales charrísimos que, a simple vista, no demuestran nada, pero que alcanzan para que el juez Colabelli demuestre su eficiencia a la hora de desalojar.

El 19 de Setiembre este juez ordena la restitución del inmueble y adjunta a la causa el testimonio de Roberto Omar Vila, un agrimensor que -como cualquiera que trabaje para los Benetton- testifica que las tierras son de la estancia y -falsamente, como veremos después- que no hay tierras fiscales en la zona.

Entre los testigos que se presentan también hay un puestero que al momento de la ocupación estaba de vacaciones, cosa que no le impide declarar que vio la ocupación y que -al revés de lo que muestran las fotos- el predio estaba perfectamente alambrado.

Con esas nuevas pruebas, y luego de los trámites de rigor, el 30 de Setiembre sale la orden de desalojo contra la familia Curiñanco, que se concreta el 2 de Octubre, en otra de esas tardes de lluvia que parecen gustarle al juez para llevar adelante sus procedimientos.

Los 15 efectivos que realizaron el desalojo desarmaron la casa y secuestraron todos los elementos, incluyendo dos bueyes con los que Atilio y Rosa habían comenzado a arar.

En su denuncia, el abogado de los Benetton hablaba de "clandestinidad", e intentaba demostrar que los Curiñanco habían actuado como delincuentes, amparados en la noche, escondiéndose entre los árboles y cortando el alambrado que en realidad, como muestran las fotos aportadas por la familia, ellos mismos se encargaron de levantar.

Para los representantes de Benetton, no se trataba solamente de quedarse con la tierra, y aun hoy -un año después- siguen una causa contra la familia Curiñanco, intentando demostrar que se introdujeron el predio sabiendo que era de la Compañía, y que sería entonces un problema de "delincuencia común".

Extirpar el ejemplo

El predio Santa Rosa está sobre la ruta 40, que fue trazada a mediados de los años 70. De ser cierto que es parte de las tierras de La Compañía, sería algo así como el 0,144% de la tierra que esta ocupa.

Pero la legitimidad del reclamo del latifundio deja muchas dudas; el predio no está rodeado por tierras de la compañía, sino por otros pobladores que viven de allí desde décadas. La extraña y supuesta extensión de La Compañía al otro lado de la ruta es como una cuña metida en medio del campo de los vecinos.

Todos los pobladores consultados sabían que se trataba de tierra fiscal habitada por última vez por una familia aborigen de nombre Tureo. ¿Por qué entonces Benetton reclama la con tanta violencia, acusando a los Curiñanco de usurpadores y delincuentes?

La explicación hay que buscarla en la historia de la zona y es la Sociedad Rural la que da la primera pista, repudiando la ocupación y pronosticando que si otras familias Mapuche siguen el ejemplo de los Curiñanco se desataría en la región "una ola de violencia y sangre".

Sencillamente, ese es el gran temor; que cunda el ejemplo, que cientos de despojados de sus tierras, empujados a abandonar una tierra en la que nacieron y se criaron decidan un día volver a recuperar lo que siempre fue de ellos.

"Ellos saben que están mintiendo, y por eso necesitan tantos papeles e inventar tantas cosas. Nosotros no necesitamos nada de eso, porque sabemos que tenemos razón". Atilio es ante todo un hombre honesto y trabajador, y sabe que alcanza mostrar su rostro para decir que es Mapuche. Junto con Rosa, a partir de el desalojo comenzaron un viaje hacia sus raíces, pero de otra forma; ellos querían volver a través del contacto con la tierra, y terminaron volviendo a través de empaparse e involucrarse en el martirio de su pueblo, que hoy se continua en su historia personal.

Benetton está afincado sobre territorio Mapuche.

"La firma actora no se trata de una empresa extranjera radicada en el país, sino de una empresa nacional". En forma ridícula, eso sostiene el abogado de los Benetton: tan sólo por tener domicilio en la Capital Federal, La Compañía no es extranjera ni viola ninguna de las leyes que limitan la propiedad en manos de sociedades anónimas extranjeras en la provincia de Chubut.

En realidad, La Compañía fue inglesa hasta el 26 de Marzo de 1982, cuando ante el avenimiento de la guerra de Malvinas cambió a dueños -o testaferros, nunca se supo- nacionales. En ese

año, según los mismos registros de la compañía, fue nombrado presidente Eduardo Menendez Hume, miembro de la clásica oligarquía terrateniente Argentina.

En 1991, cuando Benetton compró la empresa por 50 millones de dólares, lo hizo manteniendo la fantasía legal de que se trataba de una empresa argentina.

Y la compró además con todo el lastre de las tierras robadas a los primeros habitantes de La Patagonía.

Para documentar su batalla, la táctica de los Benetton fue abrumar con documentos, mapas y escrituras. Desempolvieron de los archivos los títulos de propiedad que datan del siglo pasado, una cantidad de hojas borroneadas y escritas a mano, que pensaron, quizás, que nadie querría leer. Pero alguien las leyó, y descubrió que los hermanos Benetton están afincados sobre territorio que fue Mapuche, y que fue regalado por el estado argentino al capital inglés.

Las tierras que ostenta La Compañía fueron donadas por el estado argentino 1885 y 1896. Se trataban, en esa época, de lotes de 80.000 hectáreas cada uno, otorgadas individualmente a ciudadanos ingleses residentes, en su mayoría, en Londres, que administraban sus negocios en el país mediante representantes.

La estancia hoy conocida como Leleque -a la que pertenecería el lote en conflicto- fue donada a Henry Rushton Roger, un londinense del que no hay registro que conozca estas pampas. El terreno original de esta estancia era de 80.000 hectáreas, pero en 1890, cuando se realizó la mensura de la tierra, pasó a quedarse con 96.919, para no perderse los accidentes geográficos de la región. El aumento fue aceptado por el estado argentino.

El agrimensor Gorosito, al trazar los planos en esa época, dejó en el acta escrita de su puño y letra las referencias que usó para medir el territorio. En el acta explica que eligió "para ubicar esta Colonia los valles ocupados anteriormente por tolderías indígenas y conocidos por los nombres de Lepa y Esquel".

Como para no dejar dudas de que se estaba hablando, Gorosito termina su informe con unas pocas líneas sobre la flora y la fauna del lugar: "Esta colonia es importante teniendo en cuenta la calidad de sus pastos, las abundantes maderas de todas las clases utilizables para construcciones...En cuanto a su fauna se encuentra en gran abundancia el guanaco y el avestruz que los indígenas aprovechan para su alimento".

En pocas palabras; la estancia que hoy ocupa Benetton, es parte del territorio ancestral indígena, arrebatado por medio de las armas para entregárselo al capital inglés.

La semántica dominante

La Compañía se constituyó legalmente en 1889, con una oficina en Londres y otra en Capital Federal. Se trató de una especie de consorcio de terratenientes ingleses, que dominaban al momento de unirse un total de 780.609 hectáreas.

En los años que siguieron a su fundación, hubo varios decretos que con la firma de José Evaristo Uriburu, Antonio Bermejo, Roca y Juárez Celman, aceptaron todas las condiciones y pedidos de la empresa; privilegios a la hora de pagar impuestos, devolver tierras concesionarias y hasta pedidos de nuevas tierras para trabajarlas.

Con el correr de las décadas, la estancia se dio un nuevo lujo que acrecentaría su dominio sobre la región; en los años cuarenta se terminó el trazado del ferrocarril que atraviesa la mayoría de los campos de la estancia. El tren, pagado y dominado por el capital inglés, nació principalmente para ser el servicio de transporte particular de La Compañía.

La retórica que usó La Compañía para sus pedidos siempre fue la soberbia y la imposición. En una de sus virtuales imposiciones al estado señalaban, en un acta de 1896, que "somos en la actualidad los que mejores esfuerzos desarrollan y mas perseverante acción ejercitan en aquellas apartadas regiones de la república".

Más de cien años después, los nuevos dueños utilizan el mismo lenguaje. El abogado de Benetton dice en este caso que "no se traigan con la excusa o pancarta a las muy queridas y respetables culturas aborígenes, culturas que incluso mi mandante ha promovido y preserva incluso más que las propias comunidades, para justificar la ilicitud y desconocimiento de la ley."

En las historias oficiales de La Compañía nada se dice del arrebato de tierras indígenas. Por el contrario, se habla de una especie de idilio, donde los indígenas eran "contratados por la compañía para cazar y reducir la población de guanacos". En la historia de Benetton, además de la retórica de La Compañía, se repite la misma fantasía; la gran presentación de su estancia es un museo que resume, en forma aggiornada, la historia de La Patagonia.

La presentación del museo es el rostro de un Chehuelche. Comparar las facciones de la figura pintada en el cartel de bienvenida con los rasgos de Atilio Curiñanco y Rosa Nahuelquir es todo un manifiesto; Benetton quiere que sean apenas un dibujo en la pared. Ellos, en cambio, dicen que siguen existiendo

Lo que el viento se llevó

Pero el despojo no fue solo hace un siglo; también en las últimas décadas la voracidad de la compañía avanzó sobre las pocas reservas indígenas que sobrevivían en su interior, e incluso con los terrenos fiscales que ocupan la vieja estación de trenes Leleque.

Atilio Curiñanco nació y se crió allí. Para llegar a su casa en la estación, hay que entrar a la estancia y atravesar todo el casco, incluyendo la lujosa casa de Benetton y la de su administrador.

En el camino se encuentran varios fantasmas reciclados; donde antes estaba el almacén de ramos generales ahora está el museo Leleque, que irónicamente tiene como logo el rostro de un Mapuche. Siguiendo hacia adelante, el edificio medio derrumbado del correo está encerrado en un alambrado y, hasta para entrar al cementerio -donde está enterrado el hermano de Atilio- hay que saltar un alambrado.

La estación es una barriada pequeña, de una diez casas apenas, donde hoy viven unas pocas familias jubiladas del ferrocarril, entre ellas Doña Candelaria, una hermosa mujer de 85 años, madre de Atilio.

Ella todavía recuerda cuando este lugar ahora casi desértico era un pueblo prospero y lleno de vida. Los chicos iban a la escuela, o se entretenían cazando en los terrenos de al lado. La ruta que corría paralela a la vía y uniendo Esquel con El Bolsón, era recorrida por tropillas de vacas o caballos, transportadas por vaqueanos y más tarde en camiones. A los costados del camino, en pequeñas reservas, vivían jornaleros, peones y empleados del ferrocarril. Doña Candelaria era ama de casa, y con baldes caminaba hasta el arroyo a buscar agua.

Nada de eso existe hoy; la vieja ruta, el arroyo, las reservas del costado del camino están todas alambradas. Los de La Compañía, los gringos como dice Doña Candelaria, se tragaron todo. Incluso para buscar agua, ella misma se inclina para cruzar el alambrado que separa a sus baldes del agua. Lo hace con una agilidad y una resignación que nos sorprende a todos.

También, con sus 85 años a cuestas, camina con nosotros por la ruta ahora alambrada, recorriendo unos tres kilómetros para encontrar con la reserva donde vivía la familia Rayel, una Mapuche que trabajó para La Compañía como lavandera. Allí Candelaria nos muestra el lugar donde recuerda estuvo la casa y los animales de una de sus vecinas favoritas.

Una cacerola muerta primero, y los restos de una casa y una cultura quemada después confirman los testimonios recogidos entre varios pobladores; la casa de los Rayel fue quemada por empleados de la estancia a finales de los años sesenta, y la familia ni siquiera intentó reclamar las tierras. El campo, obviamente, también está alambrado por La Compañía.

¿En que momento se apropiaron de todo? Según los propios recuerdos de los pobladores, la primer gran oleada de apropiaciones comenzó con el trazado de la ruta frente a la cuál está el predio que habían ocupado Atilio y Rosa.

Pichón Llancaqueo, nieto de los primeros habitantes de la zona, perdió en aquel entonces casi la mitad de su campo. El alambrado furtivo, "movido por el viento de La Patagonia", corre casi paralelo desde su predio hasta Santa Rosa, algo que podría explicar por qué La Compañía siente suyo un terreno que a todas luces está fuera de su perímetro.

¿Por qué nadie reclama? La pista la da el mismo Pichón Llancaqueo. Para hacer algo, hay que pagar a un agrimensor para hacer las pericias. Nadie tiene el dinero para hacerlo, y si lo tuvieran ¿que profesional va a trabajar en contra de los más poderosos de la zona, corriendo el peligro de no trabajar nunca más para La Compañía? La justicia, nos explica, nunca está del lado del pobre.

Y eso también lo sabe Candelaria. Mientras tomamos mate, llega un funcionario del ferrocarril a dejar una nota, donde se ratifica que no se pueden tener más animales en la estación y que pronto, todos van a tener que dejar su hogar; el interés de La Compañía es convertir la vieja estación en un paseo turístico.

Parece que Benetton compró también la voracidad de La Compañía.

Pero no es simplemente un problema de ambición centrada en los bienes raíces; alrededor del predio que ocuparon Rosa y Atilio encontramos 15 de los 150 cateos de minas de oro que hay en los alrededores de la ciudad de Esquel, un drama que amenaza con destruir los recursos naturales de la región.

Santa Rosa, el predio en litigio, es la puerta de entrada a esos yacimientos mineros. Y eso quizás explique por qué tanta desesperación de parte de La Compañía y la justicia para criminalizar a esta familia Mapuche.

Recuperar la historia del presente

Es domingo y el amanecer es apenas un sueño del horizonte. Las ancianas y los lonko colocaron el rewe, y nosotros esperamos mirando a un este todavía oscuro y lleno de estrellas. Hace frío y un gran fogón de leño de álamo y plantas jarilla, es lo único que calienta, por ahora, nuestras existencias.

Dos jóvenes niñas se colocan frente al rewe. Faltan dos jóvenes varones que cumplan la misma tarea, y faltan instrumentos y conocimientos; el winka los robó y se desentierra del olvido a través de la memoria de los ancianos, de los suspiros del viento que de vez en cuando reavivan la llama del recuerdo.

Los hombres entran primero. Cuatro vueltas alrededor del rewe, y cuatro veces arrojan muday, esa bebida que estuvo antes de cualquiera de las bebidas que trajo el hombre blanco. Luego hacen lo mismo las mujeres, y luego lo repiten todos juntos, organizados de dos en dos.

Tres ancianas, con rostros surcados y las cabezas cubiertas con pañuelos, cantan en la lengua de la tierra, esa que enseñaron los animales y los ríos a los Mapuche.

Cuando sale el sol como una inmensa bola de fuego, la rogativa está en el punto que todos, con las manos extendidas al este, abren sus manos para agarrar su fuerza.

No hay formalismos ni solemnidad; en los intervalos de la ceremonia la gente conversa y ríe tranquilamente, y al terminar una ronda de mate anuncia que llegó la hora de hablar.

Todos prestan atención cuando Atilio convoca a participar, el próximo 11 de Octubre, del Parlamento Mapuche que se realizará en El Maitén. Luego de la invitación, explica que para organizarlo no tienen recursos, pero que como otras veces confían que todos van a llegar haciendo un esfuerzo, porque es necesario encontrarse para seguir fortaleciendo la organización de las comunidades.

Esta vez, los anfitriones de la reunión serán los miembros de la comunidad Sepúlveda, y especialmente Don Abelardo, un Mapuche "de sangre gaucha", como se define él mismo, que pelea desde hace 10 años para que el intendente de El Maitén no le robe las tierras que su familia ocupa desde hace un siglo.

Parece que es un proceso que, mal que les pese a los conquistadores de hoy, no se va a detener.

Esquel y Buenos Aires, Octubre del 2003

Parte III
Benetton: Peligro de nuevos desalojos en La Patagonía
(Noviembre del 2003)



En la Patagonia argentina, Benetton y el estado provincial de Chubut preparan un nuevo desalojo; esta vez son 8 familias formadas mayoritariamente por mujeres, niños y ancianos. El objetivo sumar una hectarea más a las 900.000 que ya posee el grupo italiano en La Patagonia, y montar allí un emprendimiento turístico aprovechando el trazado del tren. Tanto el estado como la empresa, consideran imprescindible para llevar adelante su proyecto borrar del lugar a más de 50 personas humildes y dismantelar la Escuela Nro. 90 que educa y alimenta a 18 de esos chicos, algunos de ellos con problemas de desnutrición.

Ofreciendo sólo inciertas promesas de futuras casas en diferentes pueblos y sin siquiera pensar en integrar a las familias al proyecto de desarrollo, apuran la expulsión de los pobladores para "recuperar" el control total de la zona.

Aquí presentamos la historia de un nuevo desalojo que todavía se puede evitar.

-El tren de la patagonia.

La Trochita, uno de los mas famosos trenes de La Patagonía, fue terminado en 1945. Durante décadas fue el transporte principal para las mercaderías y animales de la Argentine Southern Land Company, un conglomerado de estancias inglesas donadas por el estado argentino luego del genocidio étnico conocido como "La Campaña al Desierto".

La mayoría del trazado del tren y las estaciones recorrían las propiedades inglesas y cientos de poblados, moviendo "hasta 6 trenes grandes por día. La compañía cargaba la lana, hasta la hacienda, yeguarizo, las vacas, estaban de punta a punta las vías cubiertas por el trencito" según cuenta Roberto Yañez, un ferroviario jubilado que vió nacer y morir al tren.

Con la llegada del asfalto y los camiones en la década del 70 el transporte en tren comenzó a declinar en la Argentina. En los 90, durante la era menemista, la política privatizadora llegó también al transporte público y La Trochita, orgullo de antaño, terminó que caer en desgracia. Ramal que para, ramal que cierra, dijo Menem, quebrando la resistencia de los ferroviarios contra las privatizaciones y dejando a miles de ellos sin trabajo.

Esa misma política de apertura económica menemista permitió al grupo Benetton comprar a bajo precio la Argentine Southern Land Company (en adelante "La Compañía"), haciéndose dueño del 9% de las mejores tierras de la región patagónica.

Hoy, más de 10 años después, el nuevo proyecto turístico auspiciado por el gobierno de la provincia de Chubut consiste en reflotar el tren patagónico montando un paseo guiado por la región y, por más que los funcionarios provinciales involucrados niegan toda relación con los italianos, una de las ofertas centrales del paseo será la visita a las propiedades de Benetton. La propaganda oficial del tren lo presenta como "Un verdadero Viaje a los Orígenes que sale desde la Estación Cabecera El Maitén hacia Leleque, donde además visitará el Museo Leleque y podrá degustar de un asado patagónico en la estancia de la firma Benetton".

El museo es también propiedad de los Benetton, y en el servicio ofrecido por el tren y llamado "SCHE" (servicio charteres especiales) el pasajero abonaría todo junto; boleto de tren, entrada al museo y comida campestre en las instalaciones del italiano, dejando claro hasta donde llega la integración entre estado y empresarios.

Claro que para llevar adelante el proyecto tienen una pequeña dificultad, un "trámite" como lo llama Miguel Mateo, coordinador general del tren; son los casi 50 niños que con sus madres viven en la estación de trenes de Leleque, y la escuela a la que concurren ellos e incluso los hijos de los peones de Benetton.

-La estación

En todas las estaciones de La Trochita, además del andén y el tanque de agua hay casas construidas con los mismos durmientes de quebracho que las vías, donde anteriormente vivían los empleados ferroviarios con sus familias. Con el cierre del tren, allí sólo quedaron unos pocos empleados, la mayoría jubilados y de a poco, trabajadores rurales que no tenían donde vivir y se instalaron allí con autorización de las autoridades ferroviarias.

En muchos casos, la mudanza se realizaba para poder enviar a los chicos a la escuela sin que tengan que recorrer todos los días largos trechos a caballo o caminando.

Durante toda la segunda mitad del siglo XX, la estación Leleque soñó con ser un pueblo, con correo, policía y ruta propia. Don Yañez, con 74 años y más de 40 en el lugar, cuenta que "Esto

era hermoso, no había problemas, no había robos. Los Serquís tenían boliche ahí donde está el museo, y se llenaba de gente cuando estaba la esquila. Era una maravilla, entraba por los cuadros, traficaba por la ruta que estaba por ahí, había bastante gente, con familias grandes y por eso se hizo la escuelita acá. Uno andaba como dueño, andaba por los campos, cazaba un bicho, buscaba huevos de avestruz. Una vez dijeron que iban a hacer una aldea, llegamos a medir los terrenos, pero al final lo pararon".

Con el cierre del tren y la llegada de los nuevos dueños a la zona, todo cambió, y todos los viejos pobladores coinciden en que para peor. Laura, empleada de La Compañía desde hace 40 años, conocedora de los orígenes y los devenires de la zona, nos explica que "Benetton cuando recién entró hizo un despido de gente impresionante. Si antes había 250 personas trabajando, ahora no alcanzan a 100 en toda la zona que depende de Leleque".

Junto con ello, también acapararon nuevas tierras; Laura explica que "El paso al Río Chubut, que es un camino vecinal no tendría que estar cerrado. Tienen tres tranqueras con llave, y para entrar tenés que pedirle permiso a ellos, y pescar no podés por más que tengas permiso, porque no te dejan. Al fondo viven familias, pero no pueden salir por ahí, tienen que hacer 90 km de más. "

La vieja estación Leleque también sufrió las transformaciones. Don Yañez se lamenta de que "Ahora estamos encerrados y podemos salir nada más para arriba", porque desde hace años las viejas rutas comunitarias fueron incorporadas a los campos de Benetton. Leleque quedó como una isla de una hectárea en medio de un mar de alambrado, y ni siquiera se puede transitar por las viejas rutas provinciales.

Los problemas con los pobladores por este motivo son frecuentes. Don Yañez protagonizó algunos de ellos, recorriendo esos viejos callejones, "una vez me atajó el administrador para pelearme. Me dijo que por qué le andaba recorriendo el campo. Yo le dije "señor, yo no le ando recorriendo ningún campo, yo tráfico hace 40 años por acá". No le pegué ni él me pegó, yo igual me cubrí, no tenía nada más que el rebenque, y él andaba con guardaespaldas".

Hace 3 años el hostigamiento de los administradores de La Estancia, al mando un gerente sintomáticamente llamado Ronald Mac Donnals, se transformó en proyecto concreto. La intención de La Compañía era desocupar las casas, desarmar la estación y trasladar todo a la parte de atrás del museo, para armar el paseo completo. Y si bien el plan no prosperó por un recurso de amparo que declaró a la estación patrimonio provincial, la idea quedó flotando en el aire, y la amenaza de desalojo comenzó a alterar la vida de los pobladores del lugar.

Y el estado, para no variar, se convirtió en el encargado de hacer el "trabajo sucio" de sacar a los pobladores del lugar.

-Los desalojados de siempre.

Una rápida recorrida por apellidos de las familias amenazadas basta para tener una idea de la situación; Nahuelquir, Curiñanco, Antieco, Quilaqueo; todos nombres originarios del pueblo Mapuche, campesinos arrebatados de sus tierras y obligados a trabajar por salarios magros para que los usurpadores se sigan enriqueciendo.

La situación social en el paraje es crítica. Las casas no tienen agua potable, y para conseguirla hay que saltar un alambrado de Benetton e ir con baldes o bidones hasta un arroyo que en invierno se convierte en un río de barro. No hay gas, y la casa y la recolección de huevos de avestruz está registrada por el capricho de La Compañía. Tampoco hay un puesto sanitario, según los pobladores porque la estancia se opuso. Varios señalan que "el agente sanitario mismo dijo que había hablado con MacDonnals pero él le dijo que no". El médico, entonces, va

una vez por mes, cuando "ya todo el mundo está curado. El mes pasado todos los chicos estaban con tos, y cuando llegó ya estaban todos bien".

A pesar de la desatención, o quizás como parte de ella, todas las mujeres del lugar recibieron gratuitamente y tienen colocado el DIU, el Dispositivo Intra Uterino que impide que puedan quedar embarazadas nuevamente.

Silvana Vazquez es la Directora y una de las dos maestras de la escuela Nro. 90 de Leleque. Los alumnos, divididos en dos pequeñas aulas, reciben todos los días una comida caliente y educación hasta completar el 9º año del EGB. Ella narra con angustia las peripecias que están viviendo alumnos y personal de la escuela. "Hace dos o tres años que no podemos llevar a cabo proyectos que tenemos. Queremos hacer una huerta orgánica, plantar árboles, pero estamos todo el tiempo con la fecha para irnos. Es una situación estresante, a pesar del lugar que es tranquilo, porque no sabemos que nos va a pasar el año que viene".

"Comenzaron a venir -continúa- a presionar a las familias directamente, a las madres que están viviendo con sus hijos en las casas, iban casa por casa, pero por la escuela no vinieron nunca. Iban dando en cada una de las viviendas una noticia diferente, nunca nada estaba claro, pero el ente que apareció presionando fuertemente fue la gente del ferrocarril."

Una de las principales promesas que recibieron los pobladores de parte del estado fue la de entregarles casas y terrenos en Esquel o El Maitén, a bajo costo o subsidiadas por créditos del estado. A Patricia, con 6 hijos, le dijeron que "nos iban a hacer una casa de bajo costo en Esquel. Que teníamos que conseguir el terreno y ellos se hacían cargo de los materiales".

A Norma y a sus 9 hijos, les ofrecieron un trato diferente. Cuenta que le preguntaron "si tenemos algún lugar a donde irnos, o si podíamos buscar algún lugar donde irnos, porque quieren arreglar para que venga gente de turismo a trabajar acá". A Doña Candelaria, pensionada ferroviaria de 87 años, le prometieron primero una casa en Esquel, que rechazó porque ir al pueblo para ella es como "estar detenida", y entonces comenzaron a decirle que tratarían de que se quede a vivir allí. Pero a su vecino, Don Yañez, le dijeron que "va a ser difícil que la viejita de acá al lado se pueda quedar".

Y así con todas y cada una de las familias.

Las variadas promesas nunca se cumplieron, pero la amenaza del desalojo se volvió cada día más concreta. "Queremos hacer el traslado antes del verano", explica impavido el funcionario del ferrocarril, como si se tratara de un simple movimiento de cosas.

A finales de Agosto, para aumentar la presión, una circular del tren reglamentaba una vieja aspiración de los administradores de La Compañía; la prohibición de tener animales, desde ganado hasta perros y gallinas, una de las pocas formas de subsistencia que tienen los habitantes del lugar.

Las presiones continuaron con intentos de cambiar a los chicos de escuela, proponiendo incluso derivarlos a internados de la zona. Patricia cuenta que "Cuando vino Don Mateo me dijo si yo había pedido el pase de los chicos. El se quería llevar los documentos de los chicos y sacarlos de la escuela, pero yo no se los dí". El mismo funcionario también redactó pedidos de terrenos a nombre de la familia de ella y su familia en El Maitén y Esquel, para acelerar los trámites. Cuando le preguntamos por la situación de Patricia y sus hijos, Miguel Mateo justificó sus intervenciones diciendo que "yo le hice la nota a la señora como favor, porque pidió el terreno pero no la hizo. Le dije que la lea y se quede con una copia".

Pero para Patricia las cosas son diferentes. Nos explica que el funcionario "ha querido que le firmemos planillas, pero no le he firmado ninguna, porque no se leer".

-El viejo oficio de resistir.

De a poco, y con la amenaza del desalojo cada vez mas cerca, los pobladores han comenzado a organizarse. Patricia nos cuenta que cuando llegaba el delegado del tren "recorría una casa y después otra, y no sabíamos que les decía a los demás, nunca nos reuníamos nosotros, y ahora si, ahora hay mas unión y charlamos entre todos".

Uno de los ejemplos que tomaron los pobladores es el de la estación Nahuelpan del mismo trazado ferroviario, adonde están llegando unos 12.000 turistas al año. A diferencia de la estación Leleque, la de Nahuelpan está en el interior de una comunidad Mapuche, y las casas de la estación, donde viven varios pobladores de la zona, fueron arregladas por la municipalidad.

Como allí no esta Benetton, los pobres parecen no molestar, y varios de ellos venden tortas fritas, organizan cabalgatas u ofrecen artesanias Mapuche a los visitantes. Prane, uno de los Tehuelche que vive en Nahuelpan, nos cuenta que cada vez que pasa el tren, gana entre 40 y 80 pesos, y que la mayoría de las veces, la demanda termina superando a la oferta de panes y tortas que cocina en su hogar.

¿Por qué si en Nahuelpan se pueden quedar y trabajar, en Leleque los habitantes de la estación tienen que irse?. Aunque la respuesta parezca obvia, para los funcionarios del tren es un enigma difícil de resolver. O de disimular. Para Miguel Mateo, "si el tren comienza a funcionar como antes, tenemos que recuperar con mas razon las casas para el ferrocarril" y se queja de su suerte diciendo que "como es gente de escasos recursos, quizás he hecho mal en informarles todo".

Patricia ve las cosas de otra forma. Siente "que a nosotros no nos hacen valer. A lo mejor nos ven que no tenemos capacidad". Pero todas ellas, desde la más joven hasta Doña Candelaria, son expertas -como cualquier mujer Mapuche- en hilar y tejer a mano o con telar, además de - damos fe- se excelentes cocineras, y actividades que se pueden aprovechar para ofrecer a los futuros turistas.

Los chicos de Leleque también tienen mucho para decir. La maestra cuenta que "Llegó a la escuela un proyecto del Ministerio de Educación con el Correo Argentino, donde los chicos escribían cartas con sobres ya pagos por el correo. Hicimos un trabajo de todos los alumnos del tercer ciclo, y ellos escribieron cartas de lectores a todos los diarios del país. Ellos plantean la situación de angustia que están viviendo, que quieren quedarse, que no quieren que se cierre la escuela".

Incluso los mismos empleados de Benetton están descontentos con la situación. Laura nos confirma que "no es solamente el ferrocarril el que quiere sacar a la gente, sino que también pinchan de aca, porque no quieren tener gente ajena a la compañía aca adentro. Es mal vivir nada más, en otras estancias de ellos hicieron lo mismo".

-El viejo oficio de desalojar.

Los atardeceres en Leleque, entre los cerros y el horizonte alambrado por Benetton son un espectáculo imponente. El viento hace volar de los arboles unas pelusas que parecen pequeños copos de algodón, y mientras todo se va tiñiendo de dorado, se escuchan las risas de los chicos que juegan al futbol dentro de los límites de la estación.

Es un espectáculo patagónico, hinóspito pero con la belleza que sólo puede tener la naturaleza.

Y es un vida tan tranquila que la llegada de una visita o cualquier hecho fuera de lo común se convierte en noticia por semana, y incorpora al largo rosario de anécdotas y vivencias que, compartiendo un mate amargo, nos regalan los pobladores del lugar.

Por la noche, el silencio solo se interrumpe con el crujir de la leña en las estufas, y el ladrido de algunos perros que a lo lejos defienden las obejas de algún zorro en busca de alimento.

Pienso que tan sólo por el hecho de no dismantelar ese lugar, de no borrar la sonrisa de un puñado de chicos, Benetton no tiene derecho a aduñarse de un centímetro más.

Pero no se trata solo de eso, sino de una seguidilla de desalojos e injusticias que viene sucediendo desde hace mas de 100 años, y que la llegada de los nuevos reyes de La Patagonia no hizo mas que reavivar.

La compra de una provincia entera, el desalojo de los Curiñanco hace un año, de la estación Mayoco antes, el cierre y desvío de rios y caminos comunitarios, el alambrado de tierras fiscales y reservas indígenas, son los antecedentes de este caso de peligro de desalojo, quizás el más grande y más auspiciado por el estado en los últimos años.

Textos y fotos: Sebastian Hacher

Investigación periodística: Sebastian Hacher, Hernán Scandizo

Contacto: sebastian@riseup.net

Gracias a: familia Fermín, familia Curiñanco, familia Sepulveda, al longko Lorenzo Quiraqueo, Mauro Millán, Manolo Macayo, a los empleados del juzgado de instrucción de Esquel, y -sobre todas las cosas- al ñanku que en el camino nos mostró su pecho blanco para poder seguir adelante.

Para mayor información sobre el pueblo Mapuche en Chubut: Organización de Comunidades Mapuche Tehuelche '11 de Octubre' puelmapu@geomundos.com Tel. (02945) 45 1611.

Mas fotos disponibles en:

<http://argentina.indymedia.org/news/2003/09/136320.php>

<http://argentina.indymedia.org/news/2003/10/138518.php>

<http://argentina.indymedia.org/news/2003/11/151414.php>

(L) Prohibida su reproducción para fines comerciales